

Pero opino, como usted, que el botón de Brecé no es de los que se compran. El duque no tiene carácter para labrarse una renta con su equipo. Pues bien: me conseguirá usted el botón gratis, señor cura; todo es así beneficio.

Antes de contestar, el padre Guitrel dió siete vueltas á su lengua en la boca. Este signo de prudencia no dejó de intranquilizar al joven Bonmont.

Al fin pronunció suavemente:

—Hijo mío: lo dije ya; pero me complace repetirle: le quiero tiernamente. Quiero serle útil, ó por lo menos, agradable. Aprovecharé siempre con afán todas las ocasiones de servirle. Pero verdaderamente no tengo personalidad para solicitar en su favor la distinción mundana que ahora desea. Piense usted que si el duque de Brecé, después de haberme oído, pusiera alguna dificultad, yo me vería en su presencia sin prestigio y sin armas. ¿Qué medios tiene un pobre profesor de elocuencia del Seminario, para vencer obstáculos, allanar dificultades, convencer, por decirlo así, á viva fuerza? Nada hay en mí que hable y se imponga á los grandes señores del mundo. No puedo, no debo, ni aun en una ocasión fútil como ésta, encargarme de una causa para cuyo éxito me faltan recursos.

El joven Bonmont contempló al padre Guitrel, sorprendido y admirado, diciéndole:

—Lo comprendo, señor cura. No es posible en este momento. Pero cuando sea usted obispo,

conseguirá usted lo que le pido sin la menor dificultad... ¡Seguro!

—Es probable—contestó con gravedad el padre Guitrel—que si un obispo le pidiera para usted el botón de su equipo, el señor de Brecé no se atreviese á negarlo.

IV

Aquella noche el señor Bergeret había llevado á cabo grandes trabajos; sentíase fatigoso. Daba su acostumbrado paseo por la ciudad en compañía del señor Goubin, su discípulo predilecto después de la traición del señor Roux, y pensando en las tareas realizadas se preguntaba, como tantos otros, qué fruto recoge el hombre de su trabajo.

El señor Goubin, interrogándole, le dijo:

—Maestro, ¿piensa usted que Pablo-Luis Courier sea un buen asunto de tesis doctoral?

El señor Bergeret nada respondió. Y al pasar por la papelería de la señora Fusellier, se detuvo delante del escaparate, donde los modelos de dibujo estaban expuestos á la luz del gas, y miró con interés el Hércules Farnesio que mostraba sus músculos entre aquella estampería escolar.

—Me resulta simpático—dijo el señor Bergeret.

—¿Quién?—preguntó el señor Goubin, limpiando los cristales de sus anteojos.

—Ese Hércules—contestó el señor Bergeret—.

Era un grande hombre. «Mi destino—ha dicho él mismo—es penoso y tiende hacia un fin elevado.» Mucho trabajó en la tierra antes de verse recompensado por la muerte, que es, en efecto, la sola recompensa de la vida. No tenía tiempo de entregarse á la meditación; los grandes pensamientos no alteraban jamás la sencillez de su alma. Pero cuando se acercaba la noche se sentía triste, y su gran corazón, á falta de una viva inteligencia, le revelaba la vanidad del esfuerzo y la necesidad que obliga á los buenos á practicar el mal al mismo tiempo que el bien. Había en aquel hombre tan fuerte una dulzura singular. Y cuando le sucedía, como á cualquiera puede suceder, que apaleaba sin fijarse en ello, á los inocentes con los culpables, á los humildes con los altivos: experimentaba, sin duda alguna, remordimiento. Quizá lamentara la suerte de los desdichados monstruos que había destruído para el bien de los hombres: el pobre toro de Creta, la pobre hidra de Lerna, el hermoso león que le dejó en su piel al morir un abrigo bien caliente. Más de una vez al declinar el día, después de su trabajo, la maza debió pesarle.

El señor Bergeret levantó su paraguas con esfuerzo, como si fuera un arma pesada, y prosiguió su discurso.

—Era robusto, era débil. Le queremos porque se nos asemeja.

—¿Hércules?—preguntó el señor Goubin.

—Sí—respondió con sencillez el señor Ber-

geret—. Como nosotros, nació desgraciado, hijo del dios y de la mujer, teniendo el doble origen de tristeza de un alma reflexiva y las miserias de un cuerpo hambriento. Toda su vida estuvo sometido á los caprichos de un rey fantástico. ¿No somos también nosotros los hijos de Zeus y la desgraciada Alcmena, los esclavos de Eurysthia? Dependiendo del ministro de Instrucción pública, que puede enviarme á Argelia, como enviaron á Hércules al país de los Nasamones.

—¿Nos abandona usted, querido maestro?—preguntó el señor Goubin inquieto.

—¡Miré usted qué triste está!—prosiguió el señor Bergeret—. ¡Con qué languidez se apoya en la maza y deja colgando el brazo! Con la cabeza inclinada, piensa en sus duros trabajos. Hércules Farnasio procede seguramente de la estatua de Lisippe. Aprendiz de herrero antes que escultor, Lisippe, el autor del robusto héroe, ha fijado el tipo de Hércules.

Habiendo limpiado, una vez más, con su pañuelo los cristales de sus lentes, el señor Goubin trataba de distinguir en el escaparate algunos de los rasgos de la figura que describía el maestro. La señora Fusellier, oyendo dar las nueve en su reloj, apagó el gas ante los guiñados ojos del discípulo, que no supo por qué causa no veía nada, pues vivía en una miopía que le alejaba del mundo imaginario en el cual se agitan la mayor parte de los hombres.

El señor Bergeret proseguía su camino y su dis-

curso, y él le siguió por la voz, pues se guiaba por el oído en todos los senderos de la tierra, en donde se arriesgaba su prudente juventud.

—Su vigor—decía el catedrático—causaba su debilidad. Estaba bajo la dependencia de su propia fuerza, sometido á las exigencias de su temperamento, que le obligaba á comerse corderos enteros, á vaciar ánforas de vino tinto, haciéndole cometer tonterías por mujeres que no valían gran cosa. El héroe cuya maza distribuía la paz dichosa y la justicia augusta por el mundo; el hijo de Zeus, se dormía á veces apoyado en una piedra, como un miserable cualquiera, ó se albergaba durante semanas y meses en casa de una moza, de quien era amante. De ahí su melancolía. Con su alma sencilla, obediente, amiga de la justicia; con sus músculos poderosos, era de temer que no hubiera sido nunca más que un excelente militar, un gendarme selecto. Pero sus debilidades, sus desgraciadas experiencias, sus errores agigantaron su alma, haciéndole sentir la diversidad de la vida y templaron con dulzura su bondad terrible.

—Querido maestro—preguntó el señor Goubin—, ¿no cree usted que Hércules es el sol, que sus doce trabajos son los signos del zodiaco, y que el traje ardiente de Dejanira representa las inflamadas nubes del Poniente?

—Es posible—contestó el señor Bergeret—, pero no quiero creerlo. Me formo de Hércules la idea

que tenía en el tiempo de las guerras Médicas un barbero de Thebas ó una verdulera de Eleusis. Esta idea vale, por su fuerza, abundancia y vivacidad, todos los sistemas de la mitología comparada. Era un hombre valiente. Al ir á buscar los caballos de Diomedes, pasó por Febes y se detuvo delante del palacio de Admeto. Pidió primero de comer y de beber, maltrató á los servidores, que no habían visto nunca un huésped tan grosero, se ciñó la cabeza con mirtos y bebió imoderadamente. Borracho y nada soberbio, quiso que el escanciador bebiera con él. Este, muy admirado de sus modales, contestó severamente que no era el momento de reir ni de beber, cuando acababan de conducir al sepulcro á la reina, á la buena Alcestes. Se había consagrado á Thanatos, en lugar de su marido; y la suya no era una muerte ordinaria, sino una especie de encantamiento. El buen Hércules, una vez sereno, se informó solamente del lugar donde habían llevado á Alcestes. Descansaba en el camino de Larisse, cerca del pueblo, en una tumba de mármol pulido. Hacia allí se precipitó. Cuando Thanatos, con su túnica negra, fué á merendarse los pasteles, bañados con sangre, depositados en el sepulcro como ofrenda, el héroe, que estaba emboscado detrás del aposento fúnebre, se arrojó sobre el rey de las sombras, le oprimió en el círculo de sus brazos, obligándole á devolverle á Alcestes, á la cual tapada y silenciosa, condujo hasta el palacio de Admeto. Aquella vez se negó á refrescar. Tenía

prisa. Le quedaba el tiempo justo para ir á buscar los caballos de Diomedes.

»Es una aventura maravillosa. Quizás prefiero la de los Cercopos. ¿Conoce usted á los hermanos Cercopos, señor Goubin? Uno se llamaba Andalous y el otro Atlantos. Tenían cara de mono. Su nombre hace suponer que tenían también un rabo como los monos. Eran unos ladrones muy astutos, que saqueaban los huertos. Su madre les advertía de continuo que desconfiaran del héroe melampigio. Es así como denominaban generalmente á Hércules, que no tenía la piel blanca. Aquéllos, imprudentes, despreciaron un aviso tan oportuno. Habiendo sorprendido un día al melampigio dormido sobre el césped, al borde de un riachuelo, se acercaron á él para robarle su maza y su piel de león. El héroe, despertándose de pronto, los agarró, los ató por los pies á la rama de un árbol y, echándose al hombro la rama, prosiguió su camino. Los Cercopos no estaban muy cómodos sin duda, ni muy seguros de su suerte. Pero como tenían el cuerpo flexible y el alma ligera, y todo les servía de distracción, se divertieron con lo que veían. Era precisamente el sitio en donde el héroe se había ganado el nombre de melampigio. Atlantos hizo esta observación á su hermano Andalous, el cual le respondió que el héroe era quien su madre les había nombrado. Y los dos, mientras que colgaban como dos corzos á la espalda de un cazador, murmuraban: «Melampigio, melampigio», con una risa burlona, semejante al grito de la

abubilla en los bosques. Hércules era fácil de irritarse y no soportaba las burlas. Pero no ponía en todo su amor propio y no pretendía tener la piel blanca en todo el cuerpo, como el pobrecito Hylas.

El nombre de melampigio le parecía, al contrario, muy honroso y muy oportuno para un hombre fuerte, que iba por los caminos llevando á cabo grandes trabajos. Era sencillo y se entretenía con poco. La conversación de los dos Cercopos le dió tal gana de reír que, dejando su caza en tierra, se sentó al borde del camino para lanzar á su gusto las estrepitosas carcajadas de su risa heroica. Durante largo rato, llenó el valle con los sonos de su alegre garganta. El sol que descendía en el horizonte esparcía su púrpura sobre las nubes y hacía brillar la cima de los montes. Bajo los pinos negros y los alerces melenudos el héroe seguía riendo. Al fin se levantó, desató á los hombres-monos, y, después de amonestarlos, los dejó en libertad y prosiguió de noche por las montañas su rudo camino. Ya ve usted que era un buen hombre.

—Querido maestro—dijo el señor Goubin—, permítame que le haga una pregunta: ¿Cree usted que Pablo Luis Courier sea buen asunto para una tesis doctoral? Porque cuando me haya licenciado...